

CAPÍTULO IV.

EXPÓNENSE Á LA ADMIRACION ALGUNAS CLÁUSULAS DEL SERMON
DE FRAY GERUNDIO.

DURÓ, pues, mucho tiempo en nuestra indecision, la gran duda de si copiaríamos todo el sermón de nuestro famoso predicador, ó nos contentaríamos con escoger algunas cláusulas entre aquellas que á nuestra limitada capacidad se representaban como más sobresalientes, para que el curioso lector por la parte viniese en conocimiento del todo. No de otra manera, que una sola uña bien dibujada en el lienzo, da á conocer la magestuosa ferocidad del monarca coronado en la selva; y una sola línea, que cayó al desgaire por el campo de la tabla, hace presente á los ojos penetrantes la diestra mano, que dió gran discurso á la delicadeza del pincel.

Por una parte nos hacia lastimosa compasion, y aún en cierto modo nos parecia especie de usurpacion injusta y hurto literario, defraudar al público de la más mínima palabra que se hubiese desprendido de la boca de nuestro divino orador; siendo cierto, que hasta las que salian de ella á excusas de la advertencia, merecian engastarse en diamante, para que compitiese su duracion con la permanencia de los si-

glos. Por otra se nos ofrecia, que no todos los lectores son tan inteligentes ni tan pacíficos ni de tan buena condicion, como nosotros los quisiéramos; ¿qué sabemos si quizá nos depararia nuestra mala suerte algunos de ellos tan cetrinos, tan indigestos y de gustos tan estragados, que diesen al diantre nuestra historia, viendo interrumpir el hilo de nuestra narracion con prolijos trasuntos de puntos intelectuales de nuestro héroe? Y acaso no faltaria alguno tan atrevido, que nos echase á los hocicos, que cuando los referidos partos fuesen tan preciosos, como á nosotros nos figuraba nuestra pasion, era impertinencia empedrar de ello la historia, por cuanto al historiador toca hacer la narracion fiel de los hechos y proezas de su héroe, pero no una impertinente coleccion de sus obras; porque de este modo, si los que escribieron la vida de los cuatro Santos doctores de la Iglesia y tantos doctores venerables, insertasen en ellas todas las producciones de su pluma, nos serian un si es no es molestos y pesados. Confesamos de buena fé, que esta última razon nos hizo un poco de fuerza, y con dejar al cuidado de otra más felice pluma que la nuestra el empeño de enriquecer al orbe literario con una coleccion de los incomparables sermones de nuestro Fray Gerundio, ilustrándolos con hermosas notas y escolios (en cuyo afán tenemos entendido trabaja una academia de ingenios del primer orden), nosotros nos contentamos con extractar tales cuales rasgos de aquellos que salieron al encuentro de la narracion, y nos parecieron necesarios, para facilitar á los lectores la mayor inteligencia de los hechos. Fué, pues, la primera cláu-

sula del sermón que predicó en Campazas, la siguiente.

«Si es verdad lo que dice el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, ¡ay infeliz de mí, que voy á precipitarme, ó es preciso confundirme! El oráculo pronuncia, que ninguno fué en su patria predicador ni profeta: *Nemo propheta in patria sua*; ¿pues cómo yo, atrevido, presumí este día ser predicador en la mia? Pero teneos, Señor, que también para mí aliento leo en las sagradas letras, que no á todos hacen fuerza las verdades del Evangelio: *Non omnes obediunt Evangelio*; y ¿qué sabemos si es esta alguna de aquellas muchas, que como siente el filósofo se dicen solo *ad terrorem*?

Esta entradilla puso en la mayor suspensión al grueso del auditorio, pareciéndole que era imposible encontrar introducción más feliz ni más oportuna; pero el magistral, que de propósito se había metido en el confesonario del cura (el cual está en frente del púlpito), y había cerrado la celosía de la parte anterior, para observar á su gusto á Fray Gerundio, sin peligro de turbarle, apenas le vió prorumpir en dos disparates ó en dos blasfemias heréticas, tan garrafales como dudar si era cierto lo que había dicho el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, y suponer que muchas verdades del Evangelio eran por espantar y poner miedo, de pura vergüenza bajó los ojos, que tenía elevados en su sobrino, y desde luégo hizo ánimo de no oír en aquel sermón más que herejías, atrevimientos ó necedades; y se hubiera salido de buena gana de la Iglesia, pero por no ser posible penetrar por el concurso, sin grandes alborotos, se

hizo cargo de que no era razón echar un jarro de agua á la fiesta, y así tomó el partido de disimular hasta su tiempo, y aguantar la mecha. Mientras, iba nuestro Fray Gerundio prosiguiendo su sermón ó salutación, y á pocas palotadas se metió de paticas en lo más vivo de las circunstancias. Aquí me habrán de perdonar los críticos mal acondicionados; porque cáñeles ó no les canse, en Dios y en mi conciencia, no puedo ménos de trasladar el papel *de verbo ad verbum*, ya que no es posible trasladar á él el primoroso artificio, con que las tomó todas, la valentía, el garbo y el espíritu con que las animó. Dijo así, cansándose del estilo cadencioso, ó mudándole con todo estudio en el hinchado, así porque la variedad es madre de la hermosura, como porque á este estilo le llamaba más la inclinación.

«Esta es, señores, la estrena de mis afanes oratorios; este es el exordio de mis funciones pulpita-les, más claro para el ménos entendido; este es el primero de todos mis sermones, y á mi intento el oráculo supremo: *Primum sermonem feci, ó Theophile*; ¿pero dónde se hace á la vela el bajel de mi discurso? Atención, fieles, que todo me promete venturosas dichas: todos son proféticos vislumbres de felicidades. O se ha de negar la fé á la evangélica historia, ó también el hipostático ungido predicó su primer sermón, dónde recibió la ablución sagrada de las lustrales aguas del bautismo. Es cierto, que la evangélica narración no lo propala, pero tácitamente lo supone. Recibió el Salvador la frígida mundificante: *Baptizatus est Jesus*; y al punto se le rasgó el tafetan azul de la celeste cortina: *Et ecce aperti*

«*sunt cæli*: y de Espíritu Santo descendió revole-
«teando á guisa de pájaro colombino: *Et vidi spiri-*
«*tum Dei descendentem sicut columbam*. ¡Ola! ¿bauti-
«zarse el Mesías; romperse el pabellon ceruleo; des-
«cender el espíritu sobre su cabeza? A sermon me
«huelas; porque esta divina paloma siempre bate las
«alas sobre la cabeza de los predicadores.

«Pero son supervacáneas las exposiciones, cuando
«están claras las voces del oráculo; él mismo dice:
«que bautizado Jesús, se retiró al desierto, ó el dia-
«blo le llevó á él: *Ductus est in desertum ut tentare-*
«*tur à diabolo*. Allí estuvo por algun tiempo, allí veló,
«allí oró, allí ayunó, allí fué tentado, y la primera
«vez que salió de allí, fué para predicar en un campo
«ó en un lugar campestre: *Stetit Jesus in loco cam-*
«*pestri*. ¡Oh! que este iba al paralelo de lo que á mí
«me sucede! Fui bautizado en este famoso pueblo;
«retiréme al desierto de la religion, si ya el diablo no
«me llevó á ella: *Ductus est à spiritu in desertum,*
«*ut tentaretur à diabolo*. Y ¿qué otra cosa hace un
«hombre en el desierto, sino orar, velar, ayunar y
«ser tentado? Salí de él para predicar; ¿pero en dón-
«de? *in loco campestri*; en este lugar campestre ó de
«Campazas; en este compendio del campo damasceno;
«en esta emulacion de los campos de Farsalia; en este
«envidioso olvido de los campos de Troya: *Et campus*
«*ubi Troja fuit*: en una palabra; en este emporio,
«en este solar, en este origen fontal de la provincia
«de Campos: *in loco campestri*.

«Aun hay más en el caso: el lugar campestre, en
«dónde predicó el primer sermon el hipostático, fué
«á la esmeráldica márgen del argenteado Jordan,

«dónde habia sido bautizado; y ¿quién duda que le
«oiria Juan, su padrino del bautismo? *Venit Jesus ad*
«*Jordanem, ut baptizaretur ab eo*. Y ¿qué cosa más
«natural, que oir el padrino á su ahijado, y más si
«hizo de él feliz reminiscencia en la misma salutacion?
«*Salutate Patrobam*, que dijo muy á mi intento el
«Apóstol, saltará ahora de gozo, como palpito en otra
«ocasion de placer en el vientre materno: *Exultavit*
«*infans in utero matris*. El caso es tan idéntico, que
«seria injuria la aplicacion para el docto; pero vaya
«para el insipiente; ¿no se llama Juan, mi padrino
«de bautismo? todos lo saben: *Joannes est nomen ejus*;
«¿no me está oyendo este sermon que predico? todos
«lo vén: *Audivi auditum tuum, et timui*; ¿no le están
«bailando los ojos de contento? todos lo observan:
«*Oculi tui columbarum*. Luego no hay más que decir
«en el caso.

«Si hay tal gracia, y agua en el complexo de la
«fuente bautismal, y agua y gracia es lo que simbo-
«liza su nombre y apellido, que Juan es lo mismo que
«gracia, sábenlo hasta los predicadores malabares:
«*Joannes, id est, gratia*. Pero que Quijano sea lo
«mismo que agua ó fuente copiosa, lo ignoran hasta
«los más eruditos: pero presto lo sabrán. Ya tiene
«entendido el teólogo, y mucho más el sabio Escri-
«turario, que la quijada de asno es muy misteriosa
«en las sagradas letras, ó desde que Cain quitó la
«vida con una de ellas á su hermano Abel, como
«quieren unos, ó desde que Sanson, magulló, con
«otra, las cabezas de mil agigantados filisteos, como
«todos saben: *in maxilla asini percussit mille viros*.
«Después de acabada esta hazaña, se moria fatigado

« de sed el esforzado Sanson: no habia en aquellos
 « estrados espaciosos de la odorifica Flora, un hilo de
 « plata líquida, con que poder aplacarla, cuando vés
 « aquí que desde la misma quijada, que habia sido
 « la mortal filisticida, brota un raudal de aljofarado
 « reditivo, que refrijeró al infante esforzado, y quedó
 « el sitio sigilado hasta el dia de hoy, con el cogno-
 « mento de *la fuente de la quijada: Idcircó appella-
 « tum est nomen illius fons invocantis de maxilla, us-
 « que ad presentem diem.* Id ahora conmigo: sabida
 « cosa es, en nuestras historias genealógicas, que el
 « antiquísimo y nobilísimo sobrenombre de los qui-
 « janos, deriva su origen y alcurnia, no ménos que
 « del tronco de Sanson, cuyos hijos y nietos, desde
 « esta gloriosa hazaña, comenzaron á llamarse *los-
 « quijanos*: como otra, aunque ménos antigua, aun-
 « que ménos noble, y ménos estendida familia de los
 « Quijotes. No es ménos cierta la noticia que desde
 « entónces las armas de los quijanos, son una quijada
 « de jumento en campo verde, brotando un chorro
 « de agua por el diente molar, como lo afirman cuan-
 « tos tratan del blason de esta familia. Así mismo es
 « cosa muy averiguada, que los quijanos, en las ba-
 « tallas con los moros, no usaban otras armas, sino
 « de la quijada de un jumento, cubierta con la piel
 « de asno, siendo tan hazañosos con esta arma rebuz-
 « nable, como á cada folio se refiere en los anales.
 « Dígalo sino aquel héroe Gonzalo Sanson Quijano,
 « que con una mejilla de un jumento, *in maxilla
 « asini*, quitó la vida con su propia mano á 36008 sar-
 « racenos en la famosa jornada de San Quintín, de-
 « bajo de Júlio César, capitan general de Don Alonso;

« el de la mano horadada; proeza que premió el agra-
 « decido monarca, mandando, que en adelante se
 « pintase la quijada de los escudos de los Quijanos con
 « 36008 dientes, y en cada uno de ellos, como si
 « fuera una escarpia, clavada una cabeza de moro;
 « cosa que hace una vista que embelesa. Y de paso
 « quiero añadir, ó diré ménos mal, quiero acordar
 « la erudicion tan sabida, de que el primer escudo
 « que se grabó con toda esta multitud de cabezas y
 « de dientes, no era mayor que la más menuda len-
 « teja; siendo lo más admirable, que quijada, dientes
 « y cabezas con todos sus pelos y señales, se distin-
 « guian perfectamente á más de diez pasos de distan-
 « cia. ¡O asombro de la invencion! ¡O prodigio de la
 « habilidad! ¡O milagro de los milagros del arte! *Mi-
 « raculorum ab ipso factorum maximum*, que dijo á
 « este intento Casiodoro: *qui os olivatus?* ¡O!

« Pero, atencion, que oigo no sé que articulado
 « acento en las etéreas campanas: *Vox de Cælo au-
 « dita est*; ¿pero de quién es ese gutural vervico so-
 « nido? Oigamos lo que dice, que quizá por ello de-
 « duciremos quien lo profiere, como por el efecto se
 « viene en conocimiento de la causa, y por el hilo
 « se saca el ovillo. *Hic est filius meus dilectus, in quo
 « mihi benè complacui.* Este es mi querido hijo, dulce
 « objeto de mis complacencias. ¡Ola! dice la voz,
 « que el que está predicando en el lugar donde fué
 « bautizado, es su hijo; luego la voz es del padre.
 « Sabe el lógico, que es legitima la consecuencia. ¿Y
 « quién es su padre? *Pater meus agricola est.* Mi pa-
 « dre es un labrador honrado. Ea, que ya vamos
 « descubriendo el campo. ¿Pero qué tiene el padre

« con el sermón del hijo? No es nada lo del ojo, y
 « llevábalo de fuera. ¿Qué ha de tener, si el mismo
 « se lo encarga? Dícelo expresamente el texto: *Misit*
 « *me vivens pater*: el que me envió ó me trajo á predi-
 « car, es mi padre; y nota oportunamente el mismo
 « texto; que cuando su padre le envió á predicar, es-
 « taba vivo; *vivens pater*; la interlineal *sanus*, que
 « estaba sano; los setenta *robustus*, que estaba ro-
 « busto; pagnino *fortis*, que estaba terete y fuerte.

« Apelo á vosotros, y decidme si es idéntico el caso.
 « Vamos adelante, que aún no lo he dicho todo.
 « ¿Cómo se llamó este generativo principio, ese pa-
 « ternal origen de aquella dichosa prole? Aquí deseo
 « arepto vuestro órgano auditivo. El sermón que mi
 « padre vivo, sano, robusto y fuerte encargó á mi
 « insuficiencia, ¿no es eucarístico panal? Sí; ¿El ar-
 « ca del Testamento no fué el más figurativo emblema
 « de este melífero bocado? Dígalo el docto y versado
 « en la teología expositiva. ¿Pero por dónde anduvo
 « esa testamentífera cóncava arca? Vamos á las sa-
 « gradas Pandectas. *Supportaverunt eam à lapide ad-*
 « *jutoris in Azotium*: condujéronla al pié de los Zo-
 « tes. Victor, que ya tenemos Zotes en campaña;
 « entra el arca en la provincia de los Zotes; manda
 « un padre á su hijo, que predique de esa arca;
 « ¿pues qué apellido ha de tener ese padre, y qué
 « cognomento ha de distinguir á su hijo, sino es el
 « de los Zotes principales de la provincia? *Supporta-*
 « *verunt eam in Azotium*.

« Es convincente el discurso; pero vaya una in-
 « terrogacioncilla. Y ese hijo no tenía madre; ¿y cómo
 « que la tenía? Consta pues, que el padre y la madre le

« buscaron: *Ego et pater tuus querebamus te*. Está
 « bien; ¿y la madre no tuvo parte en el sermón? fué
 « el todo; pero ya fué y es basa asentada, que siem-
 « pre que un predicador se empeña con lucimiento
 « en un sermón, refunde en la madre sus aplausos.
 « Por eso al acabarse el sermón, exclaman todas las
 « piadosas mujeres; Bien haya la madre que te parió;
 « ¡dichosas de las madres que tales hijos paren!
 « *Beatus venter qui te portavit, et ubera que su-*
 « *xisti!*

« ¿Pero qué ruido estrepitoso? ¿qué armoniosa
 « algarabía divierte mi atención hácia otra parte?
 « ¿qué percibe la potencia auditiva? ¿qué especies
 « visuales se representan delante de mi visible admi-
 « ración? Más claro y perceptible para que el vulgo
 « lo entienda; ¿qué oigo, qué veo? ¿qué he de ver ni
 « qué he de oír, sino un coro de danzantes? *Quid*
 « *videtis in Sunamitide, nisi choros castrorum*. ¡De
 « danzantes! Ea pues, que á vista de la Eucarística
 « arca, aún á los mismos reyes coronados les bullen
 « los piés. Dígalo el rey penitente de Idumea: *Et Da-*
 « *vit saltabat totis viribus*: brincaba con todas sus
 « fuerzas; no se andaba ahora en paspiés pulidos, en
 « carrerillas menudas, en cabriolas ni en vueltas de
 « pasos acostumbrados, daba unas vueltas en el aire,
 « echando las piernas con todas las fuerzas que podía:
 « *Saltabat totis viribus*. ¿No es esto lo que estamos
 « ahora viendo en estos ocho robustos luchadores á bra-
 « zo y pierna partida con el viento? Más: era David un
 « danzante coronado; pues corona por corona no le
 « deben nada á David nuestros danzantes. Pero aún
 « descubro en Isaías otras señales más claras de

«ellos: *Et pilosi saltabant ibi*: y danzaban allí los
 «que tenían el cabello largo, los de grande cabelle-
 «ra, los de las melenas tendidas. No puede ser más
 «adecuada la vision para el caso presente.

«De buena gana me iria un poco más detrás de la
 «danza, sino me embelesara ese teatro, que ya ob-
 «servo erigido junto á las puertas del templo, *ad fo-
 «res templi*, que dijo el mitrado panal de Lombardía
 «(hablo del melifluo San Ambrosio.) ¿Y qué signifi-
 «ca ese teatro, que segun unos es signo natural, y
 «segun otros es signo *ad placitum* de un auto sacra-
 «mental, representacion del Sacramento, si de estas
 «representaciones están llenas á cada paso las pá-
 «ginas de la Escritura? ¿no fué representacion del
 «Sacramento el maná? Así lo siente Lorino; ¿no
 «fueron representacion die Eucarístico trigo las espi-
 «gas de Ruth? Así lo afirma Aperrochio; ¿y todas estas
 «representaciones no se hicieron en el campo? ¿pues
 «quién podrá dudar que fueron profecías y figuras de
 «las representaciones del Sacramento que se hacen
 «todos los años en mi amada patria de Campazas? *In
 «loco campestri*.

«Mas afuera, afuera; aparta, aparta, escápate,
 «corre, mira que te coge el toro; ¿qué es eso? Ro-
 «deado me veo de esos cornupedos brutos; ¡qué cer-
 «vigujillo, qué lomo, que rosas en el pescuezo, qué
 «lucios y qué gordos! *Tauri pingues obsederunt me*;
 «¿no hay quién me socorra? que me cogen, que me
 «pillan, que me révoletean. Pero, ¡ah! que fué pánica
 «ilusion de la fantasía, ente de razon racionante.
 «No son toros furiosos ni de muerte, sino unos no-
 «villos alegres y vivos, pero ni marrajos ni sangrien-

«tos, *vituli multi*, ó como lee otra letra, *mutilati*.
 «Unos novillos desmochados; esto es, sin puntas en
 «las astas, ó sin fuerzas en las puntas. Gracias á
 «Dios, que respiro; porque me habia asustado;
 «¿pero qué tienen que ver los novillos con la fiesta
 «del Sacramento; puede haberla cabal, si la faltan
 «los novillos? Pues al profeta penitente, que ade-
 «lanta más la materia, el cual dice que los novillos
 «se deben correr, ó lo que allá se vá, se deben pre-
 «sentar en las mismas aras: *Tunc imponent super al-
 «tare tuum vitulos*.

«Ya no me detengo ni en las hogueras ni en las
 «luminarias nocturnas, que precedieron á este fes-
 «tivo dia. ¿Cuándo se descubre el Señor, sin que se
 «enciendan brillantes cirios piropos; ni qué más
 «hicieron los tres milagrosos niños en la flamígera
 «hoguera del babilónico horno, que lo que anoche
 «vimos á los pubescentes muchachos de mi predi-
 «lecta patria en las flamígeras hogueras, que encen-
 «dió la devocion y alegría de sus fervorosos íncolas?
 «Si aquellos jugaron con las llamas, sin que les to-
 «case al pelo de la ropa, estos brincaron por ellas,
 «sin que les chamuscase un solo pelo de la cabeza:
 «*Et capillus de capite vestro non peribit*, que dijo
 «Casiodoro. Pues la multitud de estruendosos vola-
 «dores, que subieron serpenteando por ese diáfano
 «elemento, saetas encendidas que disparó la bizarría
 «y el valor, para disipar el nigrificante escuadron de
 «las tinieblas, parece que les estaba viendo el mo-
 «nárquico adivino, cuando cantó profetizando: *Sagit-
 «tas suas ardentibus effecit*. Pero más al caso pre-
 «sente lo pronosticó el que dijo, que resonaba por

« todo el campo el horrisono ban-bin-bon de las
« bombardas: *Horrida per campos, bam-bim-bom-*
« *barda sonabant.*

« Paréceme que tengo tocadas y retocadas las cir-
« cunstancias del dia. Pero no, que la más especial
« por nunca vista se me olvidaba; hablo de ese vocal
« instrumento, y al mismo tiempo ventoso, que tan
« dulcemente titila nuestros oidos. Hablo de ese equi-
« valente, como se explica el discreto farmacópola,
« de ese *quid pro quo* de órgano, que añade tanta ar-
« tificiosa armonía á la solemnidad del sacrificio: ha-
« blo en fin, para que me entiendan todos, de esa
« gaita gallega, que tanto nos encanta y nos hechiza;
« pero ¡qué oportuna, qué discreta, qué ingeniosa
« que fué la invencion de mi paternal mayordomo,
« cuando discurrió y resolvió festejar con ella la fun-
« cion del Sacramento! Porque pregunto; ¿no es Sa-
« cramento del viril, el escudó, las armas y el blason
« del nobilísimo reino de Galicia? así me lo atestiguó
« anoche un peregrino, que viene en romería de San-
« tiago. Pues siendo esto así, era cosa muy congruen-
« te, y en cierta manera *simpliciter necessaria* (ya me
« entienden el lógico y el teólogo) que no faltase en
« la fiesta del Sacramento aquel instrumento armo-
« nioso, apacible y delicado, que deriva su alcuña y
« apellido del mismo nobilísimo reino de Galicia, por-
« que como dice el filósofo: *propter quod unum quod-*
« *que tale, et illud magis.* Gran gloria de Galicia tener
« por escudo y armas el Sacramento; pero mayor de
« Campazas ser la patria y el solar de la Sagrada Eu-
« caristia; porque ó hay Sacramento en Campazas, ó
« no hay en la Iglesia fé. Este será el árduo empeño,

« por cuyo golfo desplegará las velas el bajel de mi
« entendimiento, digo discurso; y para que lo haga
« viento en popa, será preciso que sople por el timon
« el arca benéfica de aquella Deífera Emperatriz de
« los Angeles, implorando su proteccion y su gracia,
« con el acróstico epinicio del celestial paraninfo:
« *Ave Maria.*

Bien puede discurrir el advertido lector, que es imposible á toda humana pluma, no digo ya explicar cabal y adecuadamente, pero ni aún delinear un levisimo rasguño, por donde se venga en tal cual conocimiento de la admiracion, del pasmo y del asombro con que fué oida esta salutacion por la mayor parte de aquel quedejo y pestorejado auditorio. Fué milagro de Dios; que le diesen lugar para el que se llama cuerpo del sermon; y seguramente no se le hubieran dado, á no tenerles todavía tan pendientes la suspension y autoridad, el asunto tan singular y tan raro que habia propuesto. Porque esto de probar que Campazas era el solar y la patria del Santísimo Sacramento, y que sino habia Sacramento en Campazas, no habia en la Iglesia fé, que seis granos de láudano bastarian para amodarrar al más soñoliento y dormilon; no es ningun grano de anís. En medio de eso no pudo contener el auditorio, sin prorrumpir de contado, 1.º en un muy alegre y bullicioso murmullo, muy parecido á aquel que hacen las abejas al rededor de la colmena; después en aclamaciones y vítores descubiertos, arrojando hasta la bóveda ó artesonado de la Iglesia, no solo las monteras y sombreros, sino que no faltaba quien decia, se vieron revoletear algunos botines. Sobre todo el maga-

ratazo de la gaita gallega, cuando vió su gaita no ménos oportuna que repentinamente alabada, no pudo contenerse sin echar al predicador una alborada: esto de contado, y como dicen provisionalmente, reservando á echar fuera todos los registros luégo que el sermón se concluyese. En fin, la algazara y gritaría fué tal, que en más de medio cuarto de hora no fué posible á Fray Gerundio proseguir su panegírico; y aunque el sacristán hacia pedazos el esquilon del altar, para que se sosegase la bulla, no lo pudo conseguir, hasta que de bueno á bueno se fueron todos aquietando.

Mientras el sabio, prudente y discreto magistral estaba también atendiendo, pero sin acertar á discutir cual de las dos cosas asombraba más, si la satisfacción y sandez del orador, ó la ignorancia de aquel rústico auditorio. El canónigo don Bartolomé, aunque no le apuró tanto como al magistral, le dió en pocas razones á entender, que la salutación había sido un tejido de disparates. El otro pariente suyo, familiar del Santo Oficio, hombre de vastas explicaderas, pero más que de mediana razón, decía allá para consigo: O yo soy porro, ó este hombre no sabe las inclinaciones de los hombres, ni ha estudiado á velmo, ni como cuco (llamábase *farruco* un hijo suyo, que comenzaba aquel año el arte); toda esta gente está borracha, mas en fin yo soy un pobre lego sin letras, y puede ser que me encalabrine.

Esto pasaba por el entendimiento de los tres, cuando Fray Gerundio principió el cuerpo del sermón, que probó, confirmó y exornó puntual y literalmente, según la ingeniosa idea que se le había ofre-

cido, de la cual dimos bastante noticia al fin del capítulo segundo, donde podrán volver á luz, si gustaren nuestros pios y benévolos lectores; porque si bien es verdad, que nos podríamos prometer de su mucha benignidad, que no llevasen á mal, el que se la volviésemos á poner delante de los ojos un poco más extendida, y con toda la energía, cultura y formalidad propia de nuestro orador; pero al fin, todo bien considerado, nos ha parecido más acertado consejo no abusar de su buena inclinación, haciéndonos cargo de que toda repetición es fastidiosa, sin ser nuestro ánimo derogar un punto la buena fama y opinión del que dijo, que hay cosas, *que sapius repetita placebunt*, que darán gusto y no fastidiarán, aunque se repitan muchas veces. Háyales enhorabuena; pero nosotros no presumimos tanto de las nuestras, que las consideremos en este número: y llamamos nuestras á las de nuestro Fray Gerundio, porque en tanto nos las apropiamos, en cuanto están sujetas á la jurisdicción de nuestra tarda y destucada pluma. Y en fin; ¿para qué es rompernos la cabeza, si tenemos ya hecha una firme, determinada ó irrevocable resolución *inter vivos*, de no copiar ni trasladar dicho sermón en nuestra historia? Haga cuenta el curioso lector, que le leyó: dé por supuestas y aún por oídas muchas aclamaciones, muchos más vítores, muchos más *vivas* al acabarse el panegírico, que al concluirse la salutación. Tenga por cosa cierta, que no solo la gaita, sino el mismo gaitero estuvo por reventar, uno soplando, y la otra siendo soplada. Suponga como noticia indubitable, que allí incontinenti, en la misma Iglesia al bajar la escalera del púlpito,

hubieron de sofocar á Fray Gerundio á puros abrazos; y que antes de llegar á la sacristía, pensó ser ahogado con las lágrimas y mocos de las tias, que se atropellaban por abalanzarse á él, habiendo corrido la misma fortuna á Anton Zotes y á la dichosísima Cantala Rebollo su consorte. Finalmente de por asentado, lo que dice un autor fidedigno, y sincero, conviene á saber, que el mismo licenciado Quijano, no embargante de estar revestido con las vestiduras sacerdotales, ni acordándose siquiera de que estaba celebrando el santo sacrificio de la Misa, se mantuvo sentado en la silla, hasta que su ahijado pasó por el presbiterio para entrarse en la sacristía, y entónces, sin poderse contener, se arrojó á él, dióle un estrechísimo abrazo, y vuelto al altar, apénas pudo entonar el *Credo* por las lágrimas que le corrian de puro gozo y ternura: demostracion que no se hallará en toda la historia eclesiástica, aunque sea del mismo Elias, autor diligentísimo de recoger todas las noticias apócrifas y ridículas, que podian hacer despreciables las sagradas, augustas y venerables ceremonias de la santa Iglesia.

Salió nuestro Fray Gerundio de Campazas de la Iglesia lo mejor que pudo, y no le costó poco trabajo; porque es tradicion, que apénas le dejaron los piés en el suelo, hasta que llegó á su casa, llevándole en el aire los innumerables que concurrieron á gratularle, y se incorporaron después en la comitiva, que se compuso casi de innumerable gentío, que había concurrido á la fiesta. Pareciónos que no era necesario decir los parabienes, los plácemes, las enhorabuena que allí se repartieron: unos ensalzando al

predicador, otros congratulando á sus padres; estos complaciéndose con Fray Blas, que recibia las enhorabuena en nombre de su religion, aunque aplicando así la mayor parte de ellas; aquellos clamando en voz en grito, *que era dichoso el lugar que habia merecido ser la patria de tal hijo*; y finalmente gritando todos á una voz *que Fray Gerundio era de presente la honra, y habia de ser con el tiempo la inmortal gloria de su siglo*. Pues cosas tan comunes y regulares, no es razon que los historiadores gasten el tiempo en referirlas, porque los lectores las deben dar por supuestas, y más cuando á la sazón, era ya la una de la tarde, estaban las mesas puestas, se pasaba el asado, y los convidados tenian gana de comer.